

¿BAUTIZO DE CAMPO? UN FILÓSOFO “DE SILLÓN” EN SAN MATEO DEL MAR (OAXACA, MÉXICO)

José María Filgueiras Nodar

Instituto de la Comunicación

Universidad del Mar - Campus Huatulco, México

Resumen.- En este texto expongo de manera narrativa algunas de las vivencias y reflexiones suscitadas por mis primeras visitas a San Mateo del Mar, una comunidad huave del Istmo de Tehuantepec.

Palabras clave.- *trabajo de campo, huaves, “mero ikoots”, Istmo de Tehuantepec, rituales*

¿Baptism by field? An “armchair” philosopher at San Mateo del Mar (Oaxaca, Mexico)

Abstract.- In this text I put forward in a narrative way some of the experiences and meditations provoked by my first visits to San Mateo del Mar, a huave community from the Isthmus of Tehuantepec.

Keywords.- *fieldwork, huave people, “mero ikoots”, Isthmus of Tehuantepec, rituals*

I.

Visité por primera vez San Mateo del Mar un 24 de marzo, en plena época seca. Los espacios carentes de agua me hicieron pensar en cómo sería el paisaje durante las lluvias. Preguntarme en qué especie de Venecia istmeña se convertiría aquel lugar, conocido por los cronistas como la isla de Guaçontitlán.

Estábamos esperando que el alcalde nos recibiese y salimos del recinto del Palacio Municipal para ver la iglesia. Había una enramada en la puerta del atrio y en dos calles adyacentes, probablemente porque se acercaba el domingo de Ramos. A la puerta de la iglesia había otro arco de palmas bajo el cual se tendía la cruz, hecha de madera recia, alguien comentó luego que quizás fuese guanacaste.

Entramos al templo, un edificio alargado y austero, con muchos santos a los lados de la nave, cada uno adornado de una pequeña ofrenda. Al fondo, tras el altar, cuelga de la pared la figura de un Cristo oscuro, en agonía. A su izquierda, en una posición algo más baja, se encuentra la Virgen de la Candelaria, y al otro lado San Mateo, el patrón de la localidad. Había leído que el calendario ceremonial de la comunidad se estructuraba en torno a aquellas tres figuras y me gustó verlas allí. Creo que no soy la única rata de biblioteca que adora esa sensación de “lo leí en un libro y ahora lo estoy viendo con mis ojos”. Había tenido esa impresión varias veces durante el día. Supongo que mis colegas, más avezados en el trabajo de campo, dirían que eso es algo habitual.

Salimos de la iglesia y nos sentamos a la sombra del famoso campanario, protagonista de diversas leyendas. Cerca de nosotros, un grupo relativamente grande de personas estaba sentado bajo un árbol, delante de la casa del cura. No había ruido, pero tampoco silencio. Un señor de como cincuenta años pintaba de rojo unas espinas. Pronto entabló una conversación con nosotros. En medio de la charla, me di cuenta de que unos ancianos estaban lavando la cruz. Una vez más, era algo que ya había leído. Pero no me acordaba bien dónde lo leí ni qué significado tenía. Esto hizo que, por fortuna, sólo me dedicara a observar, sin querer comprobar ninguna hipótesis, sin querer aprender nada en específico.

No recuerdo qué sostenía aquella gran cruz en forma de T, de como tres metros de largo, me imagino que sería una tarima o simplemente cuatro postes. Debajo había un gran caldero de plástico para recoger el agua que se escurría por los bordes del madero. Los ancianos estaban lavando una pequeña sección. Uno de ellos cargó agua de un tambo en una garrafa. Lo llevó al lado de la cruz y echó agua en una jícara, tal vez hecha con la mitad de un coco, que sostenía otro hombre. El agua de la jícara fue vaciada sobre la cruz, que adquirió un color más oscuro. Bastante agua se escurrió para el caldero de abajo, prácticamente a rebosar.

Repitieron la operación varias veces. Como todos eran señores de edad, parecía una película a cámara lenta. Me impresionó su concentración. Su cuidado. Su cariño, expresado hasta en el modo en que miraban la cruz.

Más tarde pensé que difícilmente podría compararse con nada que hubiera visto. Ni siquiera con un adolescente lavando por primera vez el carro que acaba de adquirir. En cierto modo, se trataba de una imagen que venía de otro mundo espiritual, a millones de kilómetros del nuestro. Un mundo que, contemplado desde cierto ángulo, provocaba envidia por su calma, por su estabilidad y por el amor que hacía brotar.

Los ancianos desaparecieron de mi campo visual. Otro viejecito llegó cojeando del lado opuesto y cargó agua del caldero en una botella. Mientras observaba cómo la cruz se iba secando, se me hizo patente de un modo inaccesible hasta ese momento el doble significado del verbo adorar, que entrelaza en una sola palabra la reverencia y el cariño.

La conversación seguía, nuestro interlocutor pasaba una y otra vez el pincel impregnado de líquido rojo por las espinas. Con la misma calma e igual de concentrado que quienes lavaban la cruz. Igual de minucioso. Pero carente de aquella expresión devota que iluminaba los rostros de los ancianos. Sin mirarnos, nos dijo que toda el agua que se usaba para lavar la cruz era agua bendita. Respondió a algunas de nuestras preguntas. La charla me fue interesando y me metí en ella un poco más. Cuando comenzó a hablarnos de las curaciones para las que utilizaban el agua que se escurría de la cruz, ya había dejado de atender al lavatorio.

Unas horas más tarde, cuando regresábamos hacia Salina Cruz, viendo casas de palma y yuntas de bueyes al borde de la carretera, me di cuenta de que aquella visión de los ancianos lavando la cruz de madera a cámara lenta había sido, con mucha probabilidad, lo más conmovedor que vi durante el día. Por esta imagen me fue imposible olvidar a San Mateo en mucho tiempo.

II.

-Los voy a matar. Se van a ir mucho a la chingada.

Eran dos sujetos jóvenes, morenos, flacos, no muy altos. Uno de ellos, el más exaltado, tenía una gran cicatriz en plena cara. Actuaban como borrachos, aunque no olían a alcohol.

-Soy el diablo, hijos de la chingada. Los voy a matar.

Nuestra segunda visita a San Mateo duró varios días. Hoy, después de visitar la biblioteca, caminábamos con la intención de conocer el Mar Vivo, como llaman allí al océano Pacífico, ubicado en el flanco meridional del pueblo. A nuestra derecha se veía a un montón de niños jugando sobre la llanura polvorienta que en temporada de lluvias se convierte en laguna y baña los pies de las viviendas. A la izquierda, la misma llanura se extendía hasta perderse de vista en la línea verde de unos árboles, al filo del horizonte. Por este lado, los únicos seres vivos eran media docena de perros y dos o tres pájaros oscuros, ubicados todos ellos en las cercanías de una cruz roja de madera de las que tanto abundan en San Mateo. Dos de nosotros tomaban fotos del paisaje cuando comenzaron a gritarnos.

-Ustedes son de Huazontlán. Los voy a matar, hijos de la chingada.

Karen, nuestro contacto, sin duda la persona que más nos había ayudado a desarrollar nuestra investigación, se puso a hablar inmediatamente con los asaltantes. Ella suele expresarse de una manera suave, y con la cara siempre sonriente, por eso creo que a todos nos impresionó la severidad con que comenzó a regañarlos. La discusión se prolongó un buen rato, intercalando largos parlamentos en *ombeayiüts* con claras amenazas en español, dirigidas a nosotros. Un carro pasó por el camino y se detuvo unos instantes para platicar, ventanilla abajo, con los que discutían. Poco tiempo después, los asaltantes se fueron. Silenciosos. Tal vez dejasen de bambolearse como borrachos. En cualquier caso, se marcharon hacia su barrio, que estaba en la dirección del Mar Vivo, y nosotros, para evitar más broncas, regresamos a la explanada del Palacio Municipal.

Al parecer, nos tomaron por gente de otra colonia que estaba fotografiando la casa del presidente municipal. Éste, según sabíamos, había huido del pueblo luego de ser destituido de sus cargos por la asamblea, y se encontraba refugiado en Huazontlán. Nos habían platicado algunas de sus irregularidades (sé que debo decir 'presuntas irregularidades' para mantener la objetividad), desde presupuestos inflados por la compra de artículos inexistentes hasta los problemas causados por su ausencia en rituales en los que era necesaria su participación y que por tanto, teniendo en cuenta el modo en que los *mero ikoots* ligan su cosmovisión mítico-religiosa con la moralidad política, amenazaban de una forma muy directa la prosperidad del pueblo.

Al respecto, se había desarrollado una situación un tanto curiosa a nivel legal, aunque tristemente común en el estado de Oaxaca: la asamblea destituye al presidente, pero éste se niega a abandonar el poder, se niega a firmar su renuncia y, tajantemente, a entregar el bastón de mando. Mientras tanto, se elige a un nuevo cabildo, que aunque se reúne en el Palacio Municipal y tiene el respaldo de la mayoría del pueblo, no puede gobernar, porque no está reconocido por las autoridades electorales. Y no lo estará hasta que el

presidente firme su renuncia y la entregue a éstas (algo que se niega a hacer, se cuenta que ha dicho: antes muerto que firmar la renuncia). La asamblea, por su parte, considera que, siendo San Mateo un municipio que se rige por usos y costumbres, su decisión es suficiente para que el presidente deje de gobernar, y que no se necesita respaldo de ninguna otra autoridad. Entre tanto, la gente busca al presidente huido, hasta el punto de bloquear todas las salidas, dejando a San Mateo incomunicado durante días. Pero jamás aparece. Al poco tiempo, se enteran de que sigue atendiendo diversos asuntos desde Huazontlán. El pueblo comienza a dividirse, porque el presidente aún tiene el control sobre las nóminas del ayuntamiento, a través las cuales, sugirieron algunos informantes, puede comprar a mucha gente. Unos meses después, los partidarios del presidente depuesto recuperarían el control del palacio municipal, en un incidente violento.

Sabíamos lo delicado de la situación, pero no estábamos preparados para que nos confundieran con gente de allá. Eso fue un total imprevisto. Aunque, también es cierto, estábamos tomando las fotos muy cerca de la casa del presidente municipal. Habíamos cometido un error, sin duda. Uno de esos errores involuntarios que tanto abundan al salir al campo: entrar en una iglesia sin quitarse la gorra, saludar de beso a una mujer de la comunidad, dar la espalda a alguna imagen o símbolo especialmente sagrado... Todos esos los había cometido yo mismo durante el primer día, aunque sin consecuencias. Pero ahora el error había servido para llamar la atención de este par de borrachos.

Karen les dijo que éramos sus invitados, y que todos éramos *möl*, ese gentilicio con que los *mero ikoots* se refieren a todos los que no pertenecen a su grupo ni tampoco a alguna otra etnia del Istmo de Tehuantepec. Que todos éramos profesores universitarios, gente respetable. Que estábamos allí por un proyecto de investigación de la historia y las tradiciones del pueblo, porque queríamos conocer cómo pensaban los ikoots. Nos contó también que se había ofendido cuando uno de los tipos sugirió que ella no era de San Mateo, pero que enseguida lo puso en su lugar. Al final, no entendí demasiado bien, pero creo que el conductor del carro, que era hermano de uno de los presuntos borrachos, les dijo que nos dejaran en paz, pidiéndole disculpas a Karen.

Como es obvio, los cuatro miembros del grupo hablamos mucho sobre este evento. Discutimos nuestro comportamiento, nos pusimos de acuerdo para futuras ocasiones y comentamos las posibles causas. También, todo hay que decirlo, haríamos bromas entre nosotros por mucho tiempo con este asunto, bromas en plan: “te anda buscando el de la cicatriz”. A mí me llamó mucho la atención el modo repentino en que la violencia apareció en escena, en medio de una imagen “de postal”. Mucha gente nos había dicho que San Mateo era una comunidad muy cerrada, que sus habitantes no iban a contestar a ninguna de nuestras preguntas, cuando no a ser groseros con nosotros, y muchas más cosas por el estilo. Lo que habíamos encontrado fue todo lo contrario: un montón de gente orgullosa de sus tradiciones, dispuesta a platicar y extremadamente hospitalaria. Media hora antes del incidente, un compañero había dicho que estaba “enamorado” del pueblo, una expresión que todos entendimos y con la que en cierta medida estábamos de acuerdo. De un modo u otro, San Mateo del Mar había tocado algún hilo sentimental en cada uno de nosotros. Y ahora, súbitamente, aparecían estos dos cuates con sus

amenazas. Aunque pensé mucho en ello, y creo que aprendí bastantes cosas, por algún motivo me quedé con un detalle: habían salido repentinamente, habían aparecido de la nada.

III.

Días después, de regreso en la universidad, en una nota al pie de un artículo sobre la Semana Santa en San Mateo, me encontré con lo que me pareció una historia de terror de corte clásico o un guión casi perfecto para un cortometraje. La consigno aquí tal y como me imaginé ese cortometraje. Un joven está vigilando el simulacro de Cristo, un ritual de la Semana Santa, y se da cuenta de que una mujer, una de las más hermosas del pueblo, está, como suele decirse, “haciéndole ojitos”. Después de unos minutos cruzando las miradas, la mujer se echa a andar en dirección al océano, y el joven se da cuenta de que ello representa una invitación sexual. Comienza a seguirla, pero a pesar de que ella camina muy despacio, él no puede alcanzarla nunca. Un par de veces está a punto de alcanzarla, pero ella se escapa por muy poco. La excitación hace que el chavo comience a correr de forma frenética, pero tampoco así puede llegar hasta ella. Finalmente, el joven choca de manera violenta con una de las cruces pintadas de rojo que salpican la población, vuelve en sí y se da cuenta de que ha estado a punto de caer en las garras de Sapcheeb, “el tiburón que agarra”, uno de los personajes más terroríficos de la mitología de los *mero ikoots*. Veneranda Rubeo, la autora del artículo, destaca “la colocación estratégica y la función apotropaica de la cruz”.

Recordé que muy cerca de donde los borrachos habían venido a amenazarnos, sobre la llanura-laguna, se erguía una cruz de color rojo. Para un agnóstico como yo, decir que aquella cruz nos había protegido es, todo lo más, una licencia poética. Pero pensar en la cruz me hizo recordar el lavatorio que habíamos visto el primer día, y de alguna manera, se creó una burda conexión entre lo observado en la primera y la segunda visita. Entre la hospitalidad y hasta la calidez con que nos habían tratado prácticamente todos con los que nos habíamos encontrado, la minuciosa y perfecta devoción con que éstos llevaban a cabo sus rituales, y la soterrada violencia que aparecía en primer plano repentinamente, al igual que Sapcheeb, creada, según narran las leyendas, con los vapores que se forman al caer las primeras gotas de lluvia sobre la tierra caliente. Tal vez aquella admirable ritualidad que tanto me había conmovido no fuera sino la forma de aceptar, o de hacer más llevadero un entorno natural profundamente hostil y un entorno humano que no lo era menos y que, además, cambiaba constantemente a formas más amenazadoras. Tal vez no se trataba de aceptar o de hacer más llevadero, sino simplemente de constituir un dominio diferenciado y relativamente estanco. Por un lado las luchas humanas, los comerciantes zapotecos que controlan el comercio de camarones a su conveniencia, las transnacionales de la energía eólica que quieren hacerse con las tierras, los conflictos políticos en el interior de la comunidad... todas ellas luchas llevadas a cabo en un entorno natural cada vez más estropeado. Por otro, y frente a todo eso, el ritual.

Estas vagas reflexiones, quizá por su escasa consistencia teórica, provocaron un chaparrón de preguntas en tal línea. Evidentemente, intuía que el estudio de una sociedad jamás podría dar respuestas directas a preguntas tan sencillas

como las que yo me estaba planteando. Por eso ni siquiera comenté mis inquietudes a mis compañeros, en especial a quienes conocen a fondo las teorías antropológicas, y que probablemente, como en tantas otras ocasiones, podrían ayudarme con autores y textos. En ese momento, ni pedí ayuda ni busqué obras capaces de iluminarme. Probablemente tales obras dijese que mi observación merecía algún premio a la ingenuidad o la trivialidad, eso es más o menos lo que me esperaba. Además, no me interesaba tanto la reflexión en sí, sino el modo en que llegué a ella. Más que pensar en esa trivialidad, quería verla como *mi* trivialidad, quería disfrutar el modo concreto en que había surgido, no hablando de teorías ni de abstracciones sino de cosas que estaban, como quien dice, delante de mis narices. Eran esas cruces y esos borrachos concretos los que me hacían entender mejor ese aspecto del mito de Sapcheeb. Y era ese mito el que me hacía comprender de un modo más pleno aquel conmovedor ritual de lavado de la cruz.

Quizá lo que pasó fue, simplemente, que cobré plena conciencia de la dificultad de estudiar a cualquier grupo humano. Supongo que los antropólogos aprenden estas cosas en la primera lección de su carrera. Para los filósofos, en cambio, acostumbrados a pensar desde una perspectiva mucho más general, cuando no prácticamente “hegeliana” (en el peor sentido de la palabra), resulta algo bastante más difícil de reconocer. Esta pequeña revelación, esta epifanía un tanto pedestre, propia de alguien que ha pasado años meditando sin salir de su despacho, fue para mí como el verdadero inicio de mi trabajo de campo. Mejor dicho: fue como darme cuenta de que en realidad yo estaba haciendo trabajo de campo. Probablemente, si no temiese verme demasiado ritualista, debiera decir que tuvo mucho de bautizo.

Agradecimientos

Este texto es producto del proyecto “Sistematización de la cosmovisión de los mero ikoots a la luz del pragmatismo ambiental”, del cual soy responsable, financiado por la Universidad del Mar. Agradezco a mis compañeros José Gastón García Flores, Jorge Alberto Meneses Cárdenas y Edgar Talledos Sánchez por su participación en los eventos que aquí narro, y por muchas otras cosas. Muy especialmente agradezco a Karen Canales Esesarte y sus padres, el Sr. Andrés Canales y la Profa. Elsa Esesarte, por todas las atenciones de que hemos sido objeto al visitar su casa.